





DON JOSE IGNACIO VILLEGAS

SR. PBR. D. JOSE IGNACIO VILLEGAS

Y nuestro gozo está en el conocimiento de que cuando nuestros factores hayan pasado sus ojos por las páginas que siguen a este breve escrito.

Nació nuestro biografiado en la Villa de San Juan del Rio, Estado de Durango, el 3 de febrero de 1827, siendo sus padres los señores Rafael Villegas y D.ª Dolores L.ª, personas de las más honradas y más

## DON JOSE IGNACIO VILLEGAS

CURA DE LA VILLA DEL MEZQUITAL, DURANGO

CON verdadero placer tomamos hoy la pluma para dar á conocer la vida pública de uno de los sacerdotes que sirven de modelo por sus virtudes y por su anhelo en el cumplimiento de sus deberes, en estos tiempos en que la Iglesia Católica encuéntrase tan deturpada, tan envilecida, tan calumniada por los enemigos de las saludables doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo.

Se llena verdaderamente de alegría nuestro corazón, cuando tropezamos con ministros fidedignos, sostenedores incansables de nuestras creencias y fieles defensores del lábaro sacrosanto, bajo cuya sombra nos agrupamos.

¡Bendito sea el Omnipotente que nos permite poder probar con hechos evidentes, que son mentidos y falsos los conceptos que los herejes se forman de nuestros sacerdotes y de nuestro culto!

Y nuestro gozo estará confirmado cuando nuestros lectores hayan pasado sus ojos por las páginas que siguen á este breve exordio.

\*  
\* \* \*

Nació nuestro biografiado en la Villa de San Juan del Rio, Estado de Durango, el 3 de Enero de 1837, siendo sus padres los Sres. D. José Rafael Villegas y D.<sup>ca</sup> Dominga Urrutia, personas de las mejores y más antiguas familias del Partido y de conocida piedad.

Sus estudios escolares los hizo con preceptores particulares.

A los diez años de edad ingresó al Seminario de Durango, agraciado con una beca de las que pensionaba la Santa Iglesia Catedral, en preferencia, á cuatro niños de diferentes lugares del Obispado, sin haber habido para ello más motivo que los grandes servicios que su bisabuelo y abuelo paternos, D. Bonifacio y D. José de Villegas, habian prestado por largos años en la colecta del diezmo.

Cursó Gramática latina bajo la dirección del muy ilustrado y eminente orador D. Feliciano Cordero, actual Cura de Parras, y del sabio humanista D. Mateo Gutierrez, Cura que fué de Villa Lerdo, é hizo sus estudios de Filosofía dirigido por el consumado matemático y maestro en todos los ramos de la vasta ciencia filosófica, Cura anterior de la parroquia de Analco, en la ciudad diocesana, Lic. D. Leonides Briones.

Sus estudios en Sagrada Teología Escolástico-Dogmática, Sagrada Escritura y en ambos Derechos, los

hizo bajo la dirección de los Sres. Dres. D. José Rafael Aguila, Canónigo Doctoral que fué de la Santa Iglesia Catedral de Durango, y de D. José Maria Laurenzana, Lectoral, Dean de la misma Santa Iglesia y Provisor que fué del Obispado. En estas facultades hizo lucidísimos exámenes, mereciendo de sus sabios maestros y de su mismo dignísimo Obispo, Ilmo. Sr. Dr. D. José Antonio de Zubiría y Escalante, la más alta estimación.

Concluida su carrera literaria, el año de 1859 recibió de su santo Prelado las Ordenes menores en el mes de Octubre; en Diciembre del mismo año recibió la Orden del Subdiaconado, y en los últimos dias de Febrero y 3 de Marzo de 1860 las Ordenes del Diaconado y Presbiterado.

Al recibir las primeras Ordenes, su honorabilísimo Obispo manifestó inexplicable regocijo con palabras tiernas y cariñosas, y lo comprobó al conferirle las mayores, dispensándole tanto los exámenes respectivos, como los intersticios, y la edad que fija para los ordenandos el Derecho Canónico.

Al siguiente dia de su canta-misa, que fué el dia 8 de Marzo de 1860, en el entónces templo conventual de San Juan de Dios, en la ciudad de Durango, su dignísimo Prelado, como muestra de su benevolencia, le mandó con su Provisor amplísimas licencias para ejercer el sagrado ministerio en todo el Obispado, sin restricción alguna; honor verdaderamente excepcional.

Los comienzos del sagrado ministerio de nuestro biografiado se realizaron felizmente: en consolar en

sus últimos momentos é impartir, á más de sesenta sentenciados á pena última por delitos políticos, los consuelos de nuestra santa Religión, no ménos que á enfermos en sus momentos supremos, á donde era llamado: en predicar la divina palabra y en oír en la confesión Sacramental á numerosos penitentes.

En los años de 1861 y 1862, sirvió por un lapso de tiempo, provisionalmente, ya por enfermedad de sus párrocos, ya por licencia para separarse temporalmente de sus parroquias, las de San Juan Bautista de Anasco y del Santuario de Guadalupe de la misma ciudad de Durango.

Era el mes de Julio del año de 1862. La parroquia de Chalchihuites, de esta diócesis, y en su jurisdicción civil perteneciente al Estado de Zacatecas, estaba á punto de dar un escándalo de cisma, á causa de las ideas avanzadas, apoyadas y sostenidas con delirio por el Gobierno del Estado. En tan azaroso caso, tanto el Ilmo. Sr. Obispo Zubiría, como su Gobernador de la Mitra, Sr. Lic. D. José Isabel Gallegos, se fijaron en el Presbítero Villegas para que se trasladara al citado lugar, á fin de arreglar tan delicado negocio. No sólo cumplió nuestro sacerdote con esa espinosa comisión, sino que calmó los espíritus díscolos, hizo volver la parroquia á su antigua paz, y en pocos días realizó una general reforma de costumbres, todo debido á la predicación constante de la divina palabra y al absoluto desprendimiento, en todos sentidos, que puso en juego para salvar aquellas almas que le habian sido encomendadas. Merced á eso, presencié más de treinta matrimonios con-

forme á las prescripciones canónicas, que sólo tenían contraído compromisos en el Registro Civil.

Desempeñada la misión referida, su ilustre Obispo lo nombró Cura del Rodeo, ó sea de San Miguel de Coneto. Era esta parroquia tal vez la ménos á propósito para nuestro biografiado, por sus pocos años y por los elementos que allí habia para su desempeño.

En efecto, en aquella cordillera de haciendas y ranchos bañados por un caudaloso rio, dominaba entre señores y sirvientes asombrosa relajación de costumbres de inmemoriales tiempos; y aunque la Sagrada Mitra habia procurado con incesante afán destruir aquella impiedad, poco se habia conseguido.

El Sr. Pbro. Villegas, sabedor de esto, estudió las causas de su relajación y el origen que la provocaba, procuró con mano diestra hacerse estimar de la gente proletaria y mantener con los señores de la comarca la más estrecha unión y armonía, sin que comprometiera los intereses de la iglesia que le habia cabido en suerte administrar. Planteó y llevó á debido efecto su programa de administración pastoral: defender á sus feligreses proletarios del yugo inmoderado de sus señores, sujetar á aquellos á una grande obediencia á sus amos, y cimentar, como punto radical, la doctrina y la moral evangélicas, fuente inagotable de infinitos bienes, tanto para el que manda, como para el que obedece.

Consiguió su objeto nuestro biografiado, se reformó la parroquia del Rodeo, sentando sus reales en su territorio la paz y la concordia, la prosperidad y las virtudes cristianas.

Llegaron los días azarosos del imperio. Las fuerzas francesas que lo sostenían, así como las republicanas que defendían la autonomía é independencia de la patria, ocupaban y desocupaban las poblaciones, cometiendo ambos partidos beligerantes toda suerte de desafueros. En esta tristísima situación se encontraba el territorio de la parroquia del Rodeo: hoy lo ocupaba un general de la República con dos ó tres mil hombres, mañana una fuerza francesa con sus soldados zuavos. Ya se verá por esto, que en el citado territorio no había más que el terror y el espanto, no había legislación fija ni orden determinado. Mas de una manera providencial, solamente la voz del párroco se escuchaba allí, sólo él dirimía las cuestiones, zanjaba las dificultades é infundía la paz y daba vida á los ánimos decaídos.

En este laberinto de amarguras, en este cúmulo de dificultades, nuestro biografiado desarrollaba todos los medios que aconsejaba la prudencia, y sin ofender á uno ú otro partido, sacaba en provecho de su parroquia cuantos bienes necesitaba y deseaba procurarle.

En estos días de amarguísima prueba para aquel pueblo bien gastado en sus amarguras y sufrimientos, quiso el Sr. Villegas impartirle, como un dulce lenitivo, un bien inestimable en la protección con que amplió la educación primaria, ya fundando una escuela católica en su cabecera de parroquia, San Miguel de Coneto, sosteniéndola con sus propios recursos, ya influenciando con su persuasiva palabra para que los propietarios pagaran maestros para los hijos

de sus sirvientes, lo que dió por resultado que se establecieran escuelas en los más pequeños cortijos de su feligresía, coadyuvando para el pago de aquellas y compra de libros; conducta que le mereció no sólo las felicitaciones del Sr. Vicario Apostólico, Lic. D. José Isabel Gallegos, propagandista celosísimo de la enseñanza de la juventud, sino una mención honorífica que el Gobierno regente entonces le hizo en solemne repartición de premios en la capital del Departamento de Durango el año de 1866.

En 1872, el nuevo Diocesano, Sr. Obispo Lic. D. José Vicente Salinas, trasladó á nuestro biografiado á la parroquia de Cuencamé. Las dificultades de aquella parroquia eran excepcionales, su indiferencia muy antigua, las ideas protestantes habíanse infiltrado en el espíritu de aquellas gentes y el aspecto moral era espantoso. No se arredró por ello el sabio sacerdote de que nos venimos ocupando, quien por el estado fatal de las cosas traslucía que allí le esperaba la calumnia, la infamia y la persecución, armas favoritas que siempre ponen en juego en contra de nuestros dignos ministros del altar las almas corrompidas y los que abrigan en su corazón la herejía. Con gusto aceptó su cargo pastoral, recibió la bendición de su Ilustrísimo Obispo y marchó á desempeñarlo.

Desplegó su celo, puso en juego sus finas maneras y su actividad asombrosa para desarrollar con provecho su nuevo plan de administración, y midiendo sus pisadas en un terreno tan escabroso, como es aquel en que hay personas que no temen á Dios—pues nues-

tro biografiado pudo bien esta vez decir lo que aquel filósofo del siglo pasado: "Sólo temo á Dios y á quien á Dios no teme," —combatió con energía en los pulpitos de su parroquia toda clase de excesos y la necia incredulidad en los razonables dogmas de nuestra santa Religión, así como la insolente herejía que, artera, circulaba en los corazones de los sencillos moradores, en folletos y en sueltos asquerosos, encubierta con pomposas y halagadoras palabras.

Grandísimo triunfo obtuvo al fin de tantas luchas, porque escribió está: "Que el hombre, de suyo impotente, transporta las montañas con el poder de Dios." Transformada quedó la parroquia, realizándose una reforma general de costumbres, bien acreditada por la frecuencia de sacramentos de numerosísimos fieles, por una gran piedad en la asistencia á los actos del culto católico, por el ejemplar respeto á los sacerdotes y por la adhesión ostentosa á sus dignísimos Obispos, adhesión y respeto que se habían perdido en el trascurso de los años.

Ha sido nombrado despues por el mismo Diocesano, Cura de la parroquia del Mezquital, cargo que desempeña once años há. En esta parroquia, como en las anteriores, encontró obstáculos de todo género. Cuando la recibió no halló en la iglesia matriz, ni altar, ni paramentos, ni cosa alguna decorosa para la recta y digna administración de los Sacramentos. Esto con respecto á la parte material; mas en su parte moral, el territorio de la parroquia ostentaba un verdadero lujo en los excesos de la embriaguez y crímenes consiguientes. Noche á noche, más de cua-

renta ebrios recorrían las calles de la Cabecera del Partido y sus caminos públicos, y los pueblos de indigenas de su demarcación eran teatro de execrables desmanes.

El Gobierno del Estado, en sus cambios políticos, era impotente para contener el torrente de las pasiones de un pueblo que, en no dejana época, había proporcionado un contingente numeroso de bandoleros, que con sus crímenes llevaron el espanto y el terror á tres ó cuatro Estados de la Confederación Mexicana; mas Dios pone diques á la malicia humana cuando plugue así á sus altísimos fines y á su voluntad santísima. Es que nuestro biografiado estaba designado por la Providencia Divina para mejorar la suerte moral de un pueblo abyecto y al borde de su desquiciamiento.

Comenzó, pues, sus trabajos con la decoración de los templos, fijando su atención especialmente en el parroquial, en donde construyó un magnífico ciprés, primorosamente tallado, que consagró á la Santísima Virgen de Guadalupe, madre de los mexicanos y muralla inexpugnable de los desvalidos, y realizó toda clase de mejoras materiales de que era capaz el referido templo, proveyéndolo de abundantes ornamentos y de un servicio nuevo y lujoso, hasta dejarlo expedito para la celebración de los Divinos Misterios. La parte material quedó arreglada.

Véase lo que hizo nuestro biografiado en otra línea.

Un dia el preceptor de la escuela laica de esa Cabecera, despues de un precedente de blasfemias y de

enseñanzas heréticas, con que pretendia con desfachatez aleccionar á sus discípulos, un dia, repetimos, en uno de esos arranques satánicos de que el impío, cuando los ejerce, por una ceguera inexplicable no se sabe dar cuenta, arrancó del pecho de los tiernos niños los rosarios y escapularios que portaban, y terminó aquella hazaña con hacer una hoguera con los catecismos del padre Ripalda.

Semejante atropello á Nuestra Santa Religión, en pleno siglo XIX, semejante insulto á un pueblo católico, no podia pasar desapercibido por nuestro biografiado, tan batallador contra la impiedad y la relajación de costumbres en todos terrenos y en distintas épocas. Así es que, sin hablar palabra, esperó la primera dominica, y en un discurso razonado, vigoroso y elegante, patentizó á sus feligreses la necesidad imperiosísima que habia de la educación netamente religiosa para los niños; trajo á colación el apoyo decidido del Gobierno Colonial y de los católicos de la República en pró de esa misma educación; pero que en la actualidad, divorciado el Estado de la Iglesia, tenia ésta que ceñirse á su misión divina, sin esperar cooperador alguno, no sólo ensanchando la enseñanza científica y religiosa de los Seminarios, sino planteando escuelas primarias, apoyadas y sostenidas por el báculo de los Obispos. Dijo, además, que en los calamitosos tiempos que atravesamos, los curas párrocos, solamente por serlo, ya tenian en conciencia la obligación de fundar escuelas en que se enseñase la más sana doctrina y la moral más santa, pues el párroco que se estacionara en el púlpito ó en

el confesonario, dejando en garras del lobo rapaz la parte más delicada de su grey, como son los niños, no sería un cumplido pastor de almas; y dijo, por último, que al dia siguiente quedaba abierto el registro para niños de ambos sexos, pues era su voluntad fundar dos escuelas católicas para remediar los males que duramente pesaban sobre su parroquia, y terminó su discurso haciendo un llamamiento á los padres de familia para que trajeran á sus niños á los establecimientos cristianos. Quedaron, pues, fundadas dos escuelas, una para niños y otra para niñas, bajo la protección de la Santísima Virgen de Guadalupe, y con el nombre de Escuelas Guadalupano-parroquiales.

Allí se han enseñado, hasta la fecha, no sólo los ramos de la educación primaria, sino algunos de la secundaria, como lo acreditan los exámenes públicos que anualmente han tenido lugar. Los habitantes de esa feligresía han sido ventajosamente beneficiados.

Relativamente al culto divino, nuestro biografiado estableció la Vela Perpetua, fundó la Hermandad del Divino Corazón de Jesus y obtuvo que ésta, previo curso, quedara anexada á la General de Roma, y vigorizó las casi extinguidas Archicofradía del Señor Sacramentado y Hermandades de la Santísima Virgen de Guadalupe y de Señor San José, ya canónicamente establecidas en esta parroquia.

Obtuvo de la Sagrada Congregación de Ritos el privilegio de usarse en su templo parroquial ornamentos sagrados de color azul en la fiesta y por la octava de la Inmaculada Concepción de la Bienaven-

turada Virgen María, y en aquellos días en los que las Rúbricas permitan celebrar la misa de la misma Madre de Dios, concebida sin mancha original.

Las visitas á los pueblos de indígenas de su parroquia las practica nuestro biografiado anualmente, teniendo que recorrer en bestia mular más de doscientas leguas, en su mayor parte de escabrosísimo terreno.

Casi siempre nuestro sacerdote, despues de hechas las visitas pastorales, tiene que caer en cama por algunos días; y cuando sus amigos y feligreses se le acercan para darle un saludo y una felicitación por su feliz regreso, que bien la merece por sus penosísimos trabajos, les dice, en un arranque de su celo por el bien de nuestra raza indígena: "*De barato daría yo sufrir no unos días, sino muchas semanas, con tal que hubiera hecho en mi visita mucho bien. ¿Mas qué puedo hacer en tres ó cuatro días que estoy en cada pueblo? Es una misión si se quiere la que hago; pero en ella cosecho tan poco fruto espiritual por las circunstancias del idioma y por otras muchas peculiares de los indígenas, que me vulevo con el corazón hecho pedazos.*"

Realmente el Sr. Pbro. Villegas tiene razón de exhalar estas quejas, porque la raza indígena de aquel Partido es verdaderamente recalcitrante á la civilización y á su mejoramiento moral.

No obstante, en el Rodeo, ensanchó y mejoró notablemente la casa parroquial, y construyó una bóveda en el bautisterio del templo; en la torre de la parroquia de Cuencamé mandó poner una campana

de 75 arrobas de peso, y en la misma desempeña actualmente todo lo que hay de buen servicio.

En los domingos y fiestas solemnes ha resonado la elocuente voz de tan digno sacerdote en los púlpitos de sus parroquias, porque convencido está, que sin la divina palabra, que es el pan del alma, nada bueno puede subsistir en el veleidoso corazón humano.

Su propaganda católica ha sido infatigable; su celo por la salvación de las almas, desmedido: precisamente para que éstas se mantengan bien con Dios, les ha infundido siempre y constantemente una tiernísima devoción al Corazón Divino de Jesus y á la Santísima Virgen María.

Esa propaganda y ese celo que con toda prudencia ha sabido desplegar, le han acarreado durísimas pruebas, horribles desengaños, aun de personas que muy léjos estaba de esperarlo, teniendo á veces que apurar hasta las heces la copa de la amargura; mas eso ni le ha sorprendido, ni le ha desconcertado; pues los que lo han tratado de cerca, lo ven en esos días que lo han contristado sus sufrimientos, con su carácter siempre dulce, siempre resignado, sin exhalar una queja, sin hacer una recriminación.

Hé aquí, aunque sea á grandes rasgos, trazada la vida del Sr. Pbro. D. José Ignacio Villegas, que es un sacerdote pundonoroso y honrado, y tan desprendido del dinero, que cuanto viene á sus manos lo consagra al sagrado culto.

Elocuente orador, admira, fascina y convence á sus oyentes con sus floridos y fáciles discursos. No tiene más anhelo que el estudio y el cumplimiento